

## NAIPE I



### EL LOCO

*Camina con su ropa de colores variopintos, y los ojos cerrados, por un precipicio en el fin del mundo.*

Stan Carlisle se mantenía un tanto apartado de la entrada de la carpa, bajo el resplandor de una bombilla desnuda, y contemplaba al monstruo.

Dicho monstruo era un sujeto delgado que iba vestido con unos calzoncillos largos teñidos de color marrón chocolate. La peluca era negra y parecía una fregona, y el maquillaje marrón que le cubría la cara demacrada estaba corrido a rayas y borrones a causa del calor, y frotado en torno a la boca.

En aquel momento el monstruo se apoyaba en la pared del vallado, mientras a su alrededor unas pocas —patéticamente pocas— serpientes yacían enroscadas, sintiendo el calor de la noche de verano, hurañas e inquietas por el crudo resplandor. Una serpiente real delgada y menuda intentó trepar por la pared del vallado para acabar cayendo hacia atrás.

A Stan le gustaban las serpientes; lo que le indignaba era que tuvieran que estar encerradas con semejante espécimen de hombre. Fuera, el presentador estaba llegando al clímax. Stan volvió la cabeza rubia hacia la entrada.

—... ¿de dónde viene? Solo Dios lo sabe. Lo encontraron en una isla deshabitada, a quinientas millas de la costa de Florida. Amigos míos, en esta carpa verán uno de los misterios sin explicar

del universo. ¿Es un hombre o un animal? Lo verán en su hábitat natural, entre los reptiles más venenosos que el mundo ha dado. Pero él acaricia estas serpientes igual que una madre acariciaría a sus bebés. Ni come ni bebe, sino que vive completamente del aire. ¡Y vamos a alimentarlo una vez más! Habrá un suplemento adicional por esta atracción, pero no es ni un dólar, ni siquiera veinticinco centavos... no son más que diez miserables centavos de nada, dos monedas de cinco, la décima parte de un dólar. ¡Corran, corran, corran!

Stan se dirigió a la parte de atrás de la carpa.

El monstruo escarbó bajo la bolsa de yute y encontró algo. Se oyó el ruido de un corcho abandonando una botella, cómo alguien tragaba y un grito ahogado.

Aparecieron los «panolis»: jóvenes con sombrero de paja que llevaban el abrigo al brazo, de vez en cuando una mujer gruesa con los ojillos redondos y brillantes. Stan se preguntó por qué esa gente siempre tenía los ojillos redondos y brillantes. La mujer demacrada con la muchacha anémica a la que le habían prometido que vería todo el espectáculo. El borracho. Era como un caleidoscopio: el dibujo siempre cambia, las partículas son siempre las mismas.

Clem Hoately, el propietario y presentador del espectáculo del Diez-en-Uno, se abrió paso a través de la gente. Sacó una petaca de agua del bolsillo, echó un trago para aclararse la garganta y lo escupió al suelo. A continuación se subió al escalón. De repente su voz adquirió un tono más bajo, como si charlara con alguien, y eso pareció tranquilizar al público.

—Amigos, debo recordarles que esta exhibición se presenta tan solo en interés de la ciencia y la educación. Esta criatura que verán ante ustedes...

Una mujer bajó la mirada y por primera vez divisó la pequeña serpiente real, que seguía intentando frenéticamente salir del foso. Aspiró, y el aire pasó estridente entre sus dientes.

—... esta criatura ha sido examinada por los principales científicos de Europa y Estados Unidos, y han declarado que es un hombre. Es decir: tiene dos brazos, dos piernas, una cabeza y un cuerpo, igual que un hombre. Pero debajo de esa mata de pelo reside el cerebro de un animal. Vean cómo se siente más cómodo con los reptiles de la selva que con la humanidad.

El monstruo había cogido una serpiente negra, y la sujetaba con fuerza por detrás de la cabeza para que no pudiera atacarle al tiempo que la mecía en sus brazos como un bebé, farfullando algo ininteligible.

El presentador esperó mientras la multitud curioseaba.

—A lo mejor ustedes se preguntan cómo es que se relaciona con serpientes venenosas sin sufrir ningún daño. Bien, amigos míos, el veneno no tiene ningún efecto sobre él. Pero si este hombre hundiera sus dientes en mi mano, nada en este planeta de Dios podría salvarme.

El monstruo emitió un gruñido y parpadeó estúpidamente en dirección a la luz que caía de la bombilla desnuda. Stan observó que por una comisura de los labios le asomaba el brillo de un diente de oro.

—Pero, damas y caballeros, cuando les he dicho que esta criatura era más animal que humana no les pedía que me creyeran. Stan... —Se volvió hacia el joven, cuyos ojos azules y brillantes no revelaban nada—. Stan, vamos a darle de comer una vez más solo para que lo vea este público. Pásame el cesto.

Stanton Carlisle bajó un brazo, agarró por el asa un pequeño cesto de la compra cubierto y lo levantó por encima de las cabezas

del público, que retrocedió, apretujándose y empujando. Clem Hoately, el presentador, se rio con un toque de hastío.

—No pasa nada, amigos; no es nada que no hayan visto antes. No, imagino que todos saben lo que es. —Del cesto extrajo un polluelo a medio crecer, que se quejó. A continuación lo levantó para que todos pudieran verlo. Pidió silencio con un gesto de la mano.

Todo el mundo alargó el cuello.

El monstruo se había inclinado hacia delante a cuatro patas, la boca le colgaba abierta con una expresión ausente. De repente, el presentador arrojó el polluelo al foso en medio de un remolino de plumas.

El monstruo avanzó hacia él sacudiendo su peluca negra de algodón. Intentó agarrar el polluelo, pero este extendió sus cortas alas en un frenesí para conservar la vida y lo esquivó. El monstruo reptó tras él.

Por primera vez aquella cara manchada de pintura mostró algún signo de vida. Sus ojos inyectados en sangre estaban casi cerrados. Stan vio cómo sus labios formaban las palabras sin pronunciarlas. Las palabras fueron: «Hijo de puta».

Lentamente, el joven se separó de la multitud, que se apiñaba y miraba hacia abajo. Caminando con rigidez, se dirigió hacia la entrada, las manos en los bolsillos.

Del foso le llegó un cloqueo y un cacareo que sonaron a pánico, y el público contuvo el aliento. El borracho golpeó la barandilla con su mugriento sombrero de paja.

—¡Cómete ese pollo, muchacho! ¡Cómete ese pollo!

A continuación una mujer soltó un chillido y comenzó a saltar de una manera espasmódica; la multitud gimió con el lenguaje de siempre, apretándose aún más contra las paredes de tabloncillos del foso y estirando el cuello. El cacareo se había interrumpido en

seco, y se oyó el chasquido de unos dientes y el gruñido de alguien que empeñaba todo su esfuerzo.

Stan hundió aún más las manos en los bolsillos. Cruzó la puerta de la carpa, atravesó el perímetro exterior del espectáculo Diez-en-Uno, se plantó en la entrada y se quedó mirando la avenida central de la feria ambulante. Cuando sacó las manos de los bolsillos, una de ellas contenía una brillante moneda de medio dólar. La cogió con la otra mano y la hizo desaparecer. Acto seguido, con una sonrisa secreta e íntima de triunfo y desprecio, se palpó el borde de sus pantalones de franela blancos y sacó la moneda.

Las luces de la noria salpicaban la noche de verano y parpadeaban con la alegría de una gema de bisutería, y el tronar del calíope sonaba como si los mismísimos tubos de vapor estuvieran cansados.

—Dios todopoderoso, hace calor, ¿verdad, chico?

Clem Hoately, el presentador, estaba al lado de Stan, y secaba el sudor de la cinta de su panamá con un pañuelo.

—Por favor, Stan, ve a buscarme una limonada al puesto de refrescos. Aquí tienes diez centavos. Tráete también una para ti.

Cuando Stan regresó con las botellas frías, Hoately inclinó la suya agradecido.

—Jesús, tengo la garganta más áspera que el culo de una vaca cuando llegan las moscas.

Stan se bebió lentamente el refresco.

—Señor Hoately.

—Sí, dime.

—¿Cómo consiguió que ese tipo llegara a hacer eso? ¿O es el único que hay? Lo que quiero decir es si ese tipo nació así, si siempre le gustó arrancar cabezas de pollo.

Clem cerró un ojo poco a poco.

—Deja que te diga algo, chaval. En una feria ambulante no tienes que preguntar nada, así nadie te contará ninguna mentira.

—Muy bien. Pero ¿caso se encontró a ese tipo haciendo... haciendo eso detrás de un granero, y se le ocurrió ese número?

Clem se echó el sombrero hacia atrás.

—Me caes bien, chaval. Me caes muy bien. Y solo por eso te voy a hacer un favor. No te voy a dar una patada en el culo, ¿lo pillas? Ese es el favor que te voy a hacer.

Stan sonrió, y sus fríos ojos de un azul luminoso se quedaron clavados en la cara del anciano. De repente, Hoately bajó la voz.

—Solo porque soy tu amigo no te voy a mandar a la mierda. Quieres saber de dónde salen los monstruos. Muy bien, escucha: no los encuentras, los *creas*.

Dejó que el otro asimilara sus palabras, pero Stanton Carlisle no movió un músculo.

—Muy bien. Pero ¿cómo?

Hoately agarró al joven por la pechera de la camisa y lo atrajo hacia sí.

—Escucha, chaval. ¿Tengo que dibujarte un maldito esquema? Eliges a un tipo y ese tipo no es un monstruo, es un borracho. Uno de esos imbéciles que se beben una botella al día. Y entonces vas y le dices: «Tengo un trabajito para ti. Es temporal. Necesitamos un nuevo monstruo. Así que, hasta que lo consigamos, te pondrás el traje del monstruo y fingirás». Le dices: «No tienes que hacer nada. Llevarás una hoja de afeitar en la mano y cuando cojas al polluelo le haces un corte con la hoja y luego finges que te bebes la sangre. Lo mismo con las ratas. Esos panolis no verán la diferencia».

Hoately recorrió la avenida central con la mirada, estudiando al público. Se volvió hacia Stan.

—Bueno, pues el tipo lo hace durante una semana y tú te aseguras de que tenga su botella de manera regular y un lugar en el que dormir. Le encanta. Para él esto es el cielo. Así que al cabo de una semana le dices algo así, le dices: «Bueno, tengo que conseguir un monstruo de verdad. Ya has terminado». Se asusta, porque nada asusta tanto a un alcohólico de verdad como la posibilidad de quedarse en el dique seco y que le dé la tiritona. Así que te dice: «¿Qué ocurre? ¿Es que no lo estoy haciendo bien?». Y tú le contestas: «Lo que haces es una mierda. Con un monstruo de pega no viene público. Entrega tu vestuario. Has acabado». Entonces te alejas. Él te viene detrás implorando que le des otra oportunidad, y le dices: «De acuerdo. Pero después de esta noche tienes que irte». Y le das la botella.

»Esa noche alargas el rollo que le sueltas al público y exageras aún más. Y todo el rato que pases hablando, el tipo estará pensando en que no podrá beber y le entrará la tiritona. Le das tiempo para pensar, mientras estás hablando. Entonces tiras el polluelo. Ya lo has convertido en un monstruo.

En aquel momento la multitud salía del espectáculo del monstruo, triste, apática y silenciosa a excepción del borracho. Stan los observó con una sonrisa extraña, dulce y distante. Era la sonrisa de un prisionero que acaba de encontrar una lima en la tarta.